

egipcias. Ha sido distintivo de órdenes religiosas. Los antonianos la llevaron en sus hábitos. San Francisco de Asís la usó como firma. Queda su figura en monumentos que desafían al tiempo: ruinas de San Antón en Castrojeriz, puerta del castillo de Ponferrada, convento de clarisas de Olite, que fue monasterio antoniano.

El simbolismo de la Tau se aplicó a diversas disciplinas del saber humano: visión geográfica del mundo conocido en la alta Edad Media, valor numérico de las letras en interpretaciones de las sagradas escrituras, utilización terapéutica contra la peste y otras enfermedades, como la del fuego sacro.

La Tau ha tenido relación especial con el Camino de Santiago y con los peregrinos. La conocieron los que pasaron por hospitales antonianos. La lleva como bordón, en monumento de hierro forjado, el Peregrino de Puente la Reina. Y al final, espera con ella en la mano el apóstol Santiago, en el parteluz de la catedral compostelana, dando la bienvenida a los que llegan al Pórtico de la Gloria.

Vamos a considerar con más detalle o detenimiento algunos aspectos del tema.

EN LAS BIBLIAS DE PAMPLONA

La Tau, el báculo en tau, aparece en ilustraciones de las biblias de Pamplona. José Goñi Gaztambide publicó en la revista *Pregón* nº 109, otoño 1971, un estudio sobre ellas, después de contemplarlas en una exposición en la que se reunieron ejemplares únicos de códices con miniaturas románicas.

Las biblias ilustradas de Pamplona, conocidas en los catálogos de arte con la referencia de *Amiens* y de *Harburg*, son obras del artista navarro Ferrando Pérez de Funes. Las hizo por encargo expreso del rey Sancho el Fuerte.

La Biblia de *Amiens*, finalizada en 1197, era de pequeño formato, “de bolsillo” diríamos ahora, y estaba destinada a uso personal del monarca. El manuscrito fue copiado, letra a letra, imagen a imagen, en el siglo XIV en un escritorio del norte de Francia y la copia terminó como joya bibliográfica en la Colección Spencer de Nueva York. El taller artístico de Pamplona produjo otra biblia para un destinatario desconocido con más profusión de ilustraciones.

Expertos en la materia, citados por José Goñi, especialmente el profesor François Bucher, coinciden en afirmar que las biblias de Pamplona deben ser colocadas entre los documentos más importantes de la ilustración bíblica medieval y que esas obras revelan la existencia en Navarra de un centro de iluminación en el siglo XII, equiparable a los mejores de su género y de su tiempo.

La importancia de estos documentos radica en la extraordinaria iconografía que contienen. Una biblia ilustrada era más legible que la textualizada. Unas pocas palabras bastaban para explicar las imágenes que el contemplador medieval comprendía a primera vista.

Uno de los signos que figuran en las biblias de Pamplona es la Tau. Hay 93 ilustraciones con báculos en tau; casi en su totalidad se refieren a personajes o pasajes del Antiguo Testamento: Moisés, Aarón y otros patriarcas o profetas del pueblo de Israel; del Nuevo, San José cuando recibe la visita del ángel anunciador y cuando acompaña a María hacia Belén. La Tau señala la cercanía o la llegada del Salvador (Fig. 1).



Fig. 1. Tau en la Biblia de Pamplona.

UN TAU ORDEN HOSPITALARIA DE SANTIAGO

Paolo G. Gaucci, profesor italiano de Perugia, especializado en temas compostelanos, ha escrito: “La Orden hospitalaria de Santiago de Altopascio se extendió por los principales caminos de peregrinación. A lo largo del Camino de Santiago tuvo propiedades en Pamplona y un hospital en Astorga”.

En otro párrafo, citando documentos de la orden italiana y de archivos pamploneses, amplía la anterior noticia: “Iacopo Cheli, Gran Maestre de la Orden, en solemne ceremonia celebrada en Lucca el 7 de abril de 1360, indicaba expresamente las casas que la Orden tenía en Pamplona. Y en este caso encontramos su confirmación en un pergamino conservado en el Archivo de la Catedral de esta ciudad, en el que el obispo Miguel Sánchez de Asiáin (1357-1364) exhorta a los fieles de su diócesis a dar limosnas a los frailes de Altopascio”.

¡Frailes de Altopascio en Pamplona, hacia 1360! ¿Quiénes eran, qué hábito vestían, a qué se dedicaban?

La orden de “San Iacopo de Altopascio” fue fundada, a mediados del siglo XI, por un grupo de nobles (doce, según la tradición) de la ciudad italiana de Lucca. Tuvo como finalidad establecer hospitales y albergues en los caminos de peregrinación, especialmente en el que iba a Compostela. Se llamó de Santiago, por ser éste el patrono principal de los peregrinos.

La orden estableció hacia 1060 un hospital de peregrinos y viandantes en Altopascio, en una zona de difícil tránsito, expuesta a los ataques de los

bandidos. Se supone que, ya antes de la fundación del hospital, pasaba entre los pantanos la denominada “vía francígena”, principal arteria de comunicación en la alta edad media entre Roma y los Alpes occidentales, hacia Francia y España, confluyendo con los caminos que llevaban a Santiago, a la tumba del apóstol.

Los frailes de Santiago de Altopascio vestían hábitos negros, llevando cosida sobre ellos una Tau de paño blanco; insignia que llegó a identificar a la orden religiosa. En Italia se le llamó “Ordine del Tau”.

No quedan en Pamplona testimonios gráficos o grabados de aquella Tau hospitalaria y jacobea. Sólo tenemos una cita literaria que indica su presencia en una casa de un viejo burgo pamplonés, habilitada para hospital de peregrinos y un documento de archivo, recordando que un obispo pidió limosnas para las obras asistenciales de los frailes de Altopascio.

LA ORDEN DE SAN ANTON

El origen de la orden está en una curación milagrosa atribuida a San Antonio Abad. El P. Lucas Ariceta, franciscano, historiador de los antonianos en Olite, relata así el hecho fundacional:

Nos situamos en Vienne, ciudad del delfinado francés, departamento al sur de Lyon. Es el año 1070. Geilin, señor del delfinado, trae de Constantinopla una reliquia insigne de San Antonio Abad y la coloca en una iglesia nueva que ha edificado en La Motte Saint-Didier.

En aquel tiempo y lugar, hace estragos una enfermedad llamada “fuego sacro”. Los primeros síntomas consisten en fuertes dolores sentidos en brazos y piernas. La ciencia médica ha precisado que la causa es un hongo, el cornezuelo, que contamina el pan de centeno; pan consumido en el centro y norte de Europa. Los remedios de la medicina son insuficientes. Se recurre a San Antonio y a la aplicación de sus reliquias. Los resultados avalan el procedimiento. Se habla de curaciones prodigiosas. Entre otros, se cura Guerin, hijo de Gastón, personajes importantes y poderosos.

Estos señores, padre e hijo, hacia 1130, dedican sus personas y haciendas al cuidado de los enfermos afectados por el fuego sagrado. Se les unen otros siete caballeros. Con los dineros de todos construyen y mantienen un hospital junto al monasterio de San Antonio. Viven en comunidad. Les llaman “Hermanos de San Antonio”. Prestan gratuitamente sus servicios. Son profesionalmente médicos y vocacionalmente monjes. Llevan hábitos negros, y una Tau azul cosida sobre el pecho.

Desde 1147 profesan la regla de los canónigos de San Agustín; la misma que los hospitalarios de Roncesvalles y los canónigos de Pamplona. Los antonianos se constituyen en orden religiosa y extienden su actividad por el occidente cristiano. Ciudades de Francia, Italia, Alemania, España y otras naciones solicitan sus hospitales y les ofrecen ayudas para fundarlos.

Muy pronto la orden de San Antonio se beneficia del fervor popular y de favores regioes. Los monjes antonianos establecen hospitales en puntos estratégicos de los caminos que surcan Europa, especialmente en el Camino de Santiago durante la época de mayor auge de la peregrinación.

Aquende los Pirineos, tienen dos encomiendas: la de Castrojeriz y la de Olite. La primera, en tierra burgalesa, presenta como posibles fundadores a

dos reyes de Castilla: Alfonso VII en 1145 y Alfonso VIII que reinó entre 1170 y 1215. La segunda, fundada unos decenios después que la anterior, se cree, por el rey de Navarra Teobaldo I.

La encomienda castellana llega a tener 23 casas-hospitales en Castrojeriz, Valladolid, Medina del Campo, Toledo, Sevilla, Cuenca, Murcia, Salamanca, Plasencia, Segovia, Córdoba, Toro, Benavente, Atienza, Talavera, Cadahalso, Ciudad Real, Iruela, Albacete, Baeza, Cuevas, Alcalá la Real y México.

El monasterio de Castrojeriz se halla actualmente en lamentable estado. Un letrero de carretera dice: "Ruinas de San Antón". Ruinas, pero retienen algo de la belleza que tuvieron: un rosetón gótico con ocho Taus enteras y cuatro rotas en lo alto de la fachada de la antigua iglesia (Fig. 2). Los peregrinos lo ven y comprenden su significado, al pasar por ese lugar asustado por ladridos de perros peligrosos.

La encomienda olitense tuvo 14 casas-hospitales: Olite, Pamplona y Tudela en Navarra; Zaragoza, Calayatud y Huesca en Aragón; Valencia y Orihuela en el reino valenciano; Barcelona, Cervera, Lérida, Tárrega y Valls en Cataluña, y Palma de Mallorca.

CASA-HOSPITAL EN OLITE

Los antonianos llegan a Olite a mediados del siglo XIII. El P. Ariceta les sigue los pasos entre papeles de archivos. Buscan un terreno para su fundación. Lo encuentran al sur de la villa, junto a la vía romana, fuera del cerco amurallado. Es un terreno con fácil acceso y amplio: más de una hectárea.

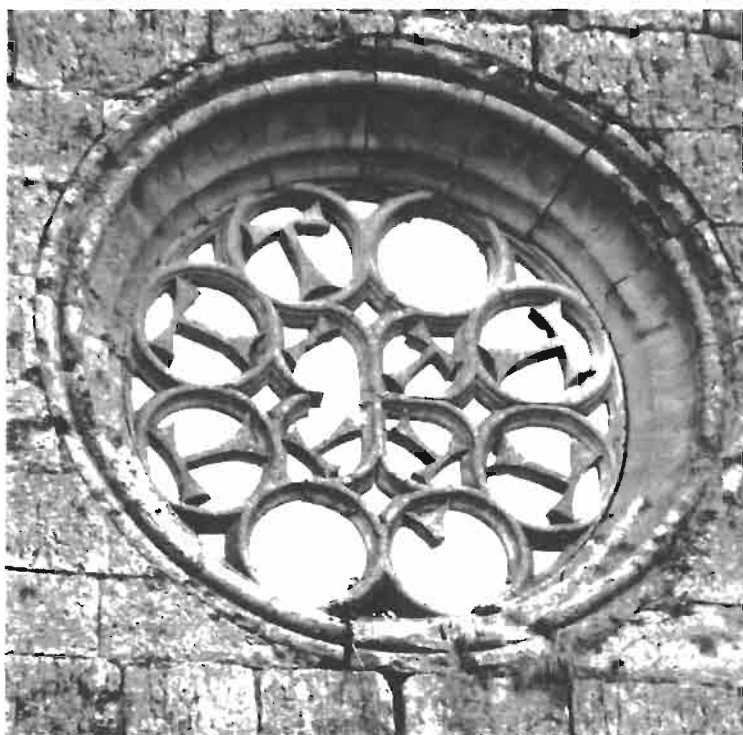


Fig. 2. Tau en Castrojeriz.



Fig. 3. Tau en Olite. Antiguo Monasterio de San Antón.

Levantán al principio una casa espaciosa; más tarde añadirán otras edificaciones.

La casa es de doble planta; cada una con más de 2.400 metros cuadrados. Sitúan en la primera un amplio vestíbulo, la cocina, los comedores, lavaderos, botiquín, etc. Hay dos patios con sus pozos. La segunda planta está destinada principalmente a dormitorios; tiene también compartimentos para granero, pajar, despensas.

Al norte del edificio está la iglesia. La actual mide 31 metros de largo por 12 de ancho. La bóveda consta de seis tramos; tres de ellos y la mitad del cuarto corresponden a la primera fábrica, de finales del siglo XIII. La bóveda medieval se halla actualmente oculta por otra barroca inferior, edificada en el siglo XVII. Presidían el retablo San Antonio Abad, San Miguel y San Pablo Ermitaño, con el acompañamiento de los santos médicos Cosme y Damián, invocados con gran devoción por el pueblo, sobre todo en los hospitales.

Los antonianos marcan sus pertenencias con el signo distintivo de su orden, la Tau, en su particular diseño (Fig. 3). Está en el escudo de la fachada, el escudo real de los Evreux; en el dintel de la puerta conventual, en el retablo de la iglesia, en los armarios de la sacristía.

Acuden al hospital de Olite enfermos atacados por el “fuego sagrado” o “mal de ardientes”. La orden antoniana ha sido fundada, preferentemente, para su servicio. Y otros muchos pacientes de lepra, sarna, herpes, artritis... Abundan las enfermedades y las epidemias. Fue espantosa, horrorosa, la del año 1348. Olite, como Navarra, y gran parte de Europa, sufrió la pérdida de más de la mitad de la población.

Tienen especial acogida los peregrinos. Son muchos los que pasan y van a Santiago de Compostela, al Pilar de Zaragoza, a Ujué y a otros santuarios. Van andando o cabalgando. Se detienen para pernoctar, hacer sus devociones, reponer fuerzas, curar las heridas de los pies, reparar el calzado o la ropa.

Los servicios asistenciales están bien organizados. El que recibe a los caminantes debe ser amable y atento. Tener conocimiento, a poder ser, además de la propia lengua, de otra extranjera. Vienen muchos forasteros. El primer servicio consiste en presentar agua limpia para el aseo, caliente en invierno. Llegan los viandantes con los pies sudorosos, cansados, acaso heridos. El agua les sirve de alivio; más, si está mezclada con sal, vinagre, hierbas.

Algunos necesitan lavados más amplios del cuerpo, y de las ropas que llevan. Para ello San Antonio de Olite se halla bien surtido de agua; hay pozos en los patios interiores, y otro mayor en la huerta.

Algunos vienen con los pies llagados por el largo caminar o por el mal calzado. Hay que curar los pies y arreglar el calzado. Los zapateros del monasterio están dispensados del precepto dominical del descanso, para remediar a los peregrinos. Y lo mismo los sastres, respecto a las ropas que precisan un cosido o un remiendo.

El monje enfermero debe tener el botiquín bien provisto de elementos y hierbas para preparar los medicamentos convenientes. Los enfermos pueden detenerse varios días; hasta curarse o hasta morir. Hay hospitales que tienen cementerio propio.

Los antonianos tenían recetas propias, que son respetadas por la medicina moderna. Una decía: "Recoger en junio, por San Juan, parietarias, artemisas e hipéricos. Macerarlas en aceite y hacer ungüentos". Estas hierbas siguen siendo consideradas como medicinales. La parietaria, en concreto, se presenta en los catálogos actuales relacionada con aplicaciones antiguas. Así, "El Dioscórides renovado" de Pío Font y Quer dice:

"Se cría en los muros y en las peñas. Florece durante la mayor parte del año. Es planta diurética. Sus hojas, aplicadas en forma de emplastro, sanan el fuego de San Antón, las quemaduras de fuego, las hinchazones y toda suerte de inflamación. Su zumo, mezclado con albayalde, es remedio del fuego de San Antón y de las llagas que van cundiendo, si se untan con él".

Y del hipérico dice: "También llamada hierba de San Juan, de las heridas y otros muchos nombres. Florece entre San Juan y San Pedro. Se cría en setos y ribazos frescos. Goza de preferencia entre las plantas vulnerarias; su principal uso es para mundificar y consolidar las heridas y ulceraciones".

El hipérico, llamado también hierba militar, era conocida y utilizada por los romanos. La tenían en los botiquines de los castros y, para que no faltara el suministro, la sembraban en terrenos lindantes con las calzadas. Fue remedio también de pies heridos cuando las calzadas se convirtieron en caminos a Santiago.

Otra receta curiosa, de inspiración francesa, con discutible valor terapéutico, pero de indudable sabor popular y aceptación en las romerías, consistía en lo siguiente: "Tomaban vino de una de sus viñas, llamada la Santa Viña; lo derramaban sobre las reliquias de San Antonio, lo recogían y se lo daban a los enfermos, solo o mezclado con agua bendita".

La casa-hospital de Olite permanece abierta durante siglos. El hospedaje de enfermos, peregrinos y pobres es gratuito. La fuente de financiación de

los gastos se mantiene con la aportación de reyes, obispos, cofradías y otras donaciones. En la fachada del edificio, en el dintel de la puerta principal y en puntos interiores del convento se halla el escudo de los reyes de Navarra, de la casa de Evreux; indicio de los favores recibidos. Carlos II (1349-1387) favorece repetidas veces a San Antonio de Olite “por la gran devoción y reverencia que sentía por el santo”. En ocasiones se sienta a la mesa de los monjes. Todos los inviernos regala un cerdo al hospital.

La orden antoniana tiene un triste y penoso final. Es extinguida y suprimida por el papa Pío VI el 24 de agosto de 1787. El obispo de Pamplona delega en el párroco de San Pedro de Olite, Manuel Landívar, el encargo de comunicar a los religiosos las disposiciones pontificias: acto que realiza el 25 de mayo de 1791 en presencia del escribano real José Antonio Goñi.

Reciben la comunicación oficial dos antonianos que se hallan en el convento: Pedro Martínez de Lazcano, sacerdote, que declara “quiere permanecer en la casa bajo las precauciones indicadas”, y un hermano lego, F. Bernardo Buñuel, que “quiere salir y mantenerse en el siglo”. Ambos religiosos quedan secularizados, sin las insignias de la orden: el hábito y la tau.

Cuando se produce la supresión de los antonianos, soplan malos vientos para las órdenes religiosas que poseen haciendas. La ley de desamortización de Mendizábal se ceba en sus bienes. En ese trance, el monasterio de San Antón de Olite tiene suerte. A los pocos años de la exclaustración de los antonianos, en 1804, entran en la casa las clarisas, que de 1228 a 1794 habían residido en el monasterio de Santa Engracia de Pamplona.

El cambio de comunidades religiosas es providencial para el monasterio. Se conserva el patrimonio material, religioso, histórico y artístico, haciendo sólo las modificaciones necesarias para convertir el establecimiento hospitalario en un convento de clausura. En el retablo de la iglesia se cambian de lugar algunas imágenes (las de San Antonio Abad, San Miguel y San Pablo Ermitaño) para poner en el centro a los patronos de la comunidad entrante: San Francisco, Santa Engracia y Santa Clara.

Los monjes, al suprimirse la orden, pierden las insignias que les distinguen. El monasterio, no. El monasterio de San Antón de Olite, ahora de Santa Clara, conserva con todo su significado la marca de identidad de lo que fue: la tau. Una rica colección de taus.

CONVENTO DE SAN ANTON EN TUDELA

Julio Segura Moneo ha publicado un trabajo sobre él en la *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela* nº 8, 1997. Señala su dependencia de la encomienda general de Olite, facilita noticias históricas desde 1383, detalla la relación nominal de comendadores de la casa-hospicio tudelana desde 1516 (Miguel de Corella) hasta 1762 (Lorenzo Belenguer), hace memoria de la capellanía y patronato fundados por los marqueses de Montesa y relata las vicisitudes del edificio, entre reformas y restauraciones, desde la supresión de los antonianos:

“Extinguida la orden y fallecido el último miembro de ella a comienzos del siglo XIX, ambos inmuebles –convento e iglesia– se adecuaron para viviendas, lo que permitió mantener casi intacta hasta la actualidad su estructura y volumen.

Una reciente remodelación urbanística (de la zona, cercana a la Plaza Vieja y la catedral) ha vaciado el interior de la manzana, derribando la sacristía, el convento y sus anexos, y ha dejado exento y abierto el espacio de la pequeña iglesia. De ella, apenas queda la bóveda rebajada del crucero con cuatro escudos heráldicos en sus pechinas. En fechas anteriores ya se había derruido el coro y se había estrechado la nave central y única, para dar más amplitud a la calle”.

En los muros, puertas y escudos no se ha encontrado vestigio del signo distintivo de la orden; pero los libros guardan su recuerdo. Cuando Felipe II viajó por Navarra, en noviembre de 1592, vino entre su séquito un belga, Johan Lhermite, quien, como secretario o informante, fue tomando notas de lo que podía interesar a su curiosa majestad: itinerario seguido, ciudades visitadas, puntos destacados de las mismas.

En Tudela señaló como sitios notables el puente, el río, la mejana y la catedral. Y anotó lo siguiente: “De conventos hay los de San Francisco, Santo Domingo, Carmelitas, Agustinos y Jesuitas, y otro de los Comendadores de San Antón, que llevan sobre el pecho una cruz rota, o por mejor decir, una T en azul”.

Del convento antoniano de Tudela (convento, monasterio o casa-hospital) tenemos una referencia, labrada sobre caoba, en la iglesia parroquial de Valtierra. Se trasladó a ese lugar, no sabemos cuándo ni por qué, una sillería de coro que se hallaba en la sala capitular del monasterio de San Antón de Olite. Los respaldos de los asientos presentan los escudos de las ciudades en las que había casas dependientes de la encomienda olitense. Un asiento ostenta el escudo de Tudela (tres torres y puente de tres arcos sobre ondas fluviales) y en el adorno de la parte alta —detalle interesante—, la Tau. Era el puesto reservado para el comendador del monasterio tudelano.

CONVENTO DE SAN ANTÓN EN PAMPLONA

Estuvo en la calle que lleva el nombre del santo. Dependía también de la encomienda de Olite. Marcelo Núñez de Cepeda escribió sobre él en 1949:

“Casi oculta entre las malezas de árboles y espinos que poblaban el recinto del terreno que hoy ocupa la Ciudadela, existió, desde tiempos muy remotos, una Ermita dedicada a honrar la memoria de San Antón... Pasados algunos siglos, se cobijó a la sombra de la Ermita una Comunidad de Religiosos llamados Antonianos, que tenían en Olite la Casa Generalicia, y cuyo ministerio principal era el ejercicio de la caridad con los enfermos atacados del “fuego de San Antón”, terrible dolencia ósea.

Cuando el rey D. Felipe II, de gloriosa memoria, se propuso levantar, según los planos de las fortificaciones de Amberes, la actual Ciudadela, hubieron de abandonar sus terrenos algunas Comunidades que en ellos vivían y entre otras la de los PP. Antonianos. Merece consignarse aquí que el sin par Monarca español, por la devoción que también él tenía a San Antón y por su respeto a todo lo tradicional, ordenó se respetara la Capilla, que continuó teniendo por Titular a dicho Santo, convirtiéndose, desde entonces, en parroquia castrense.

Hasta se preocupó aquel Rey de que Pamplona acogiera, dentro de sus muros, a la Comunidad Antoniana y, a tal efecto, recomendó a su Virrey se

le cediera un sitio donde pudiera establecerse, que fue en el extremo de la antigua calle de Ferrerías, donde fueron edificados la Iglesia y el Convento, y que corresponden a los últimos números pares de la actual calle de San Antón, que precisamente cambió entonces su nombre de Ferrerías en el de San Antón por la razón de hallarse en ella el templo de dicho Santo”.

Juan José Martinena, en su libro *La Ciudadela de Pamplona*, relata los trámites que precedieron a la construcción de la fortaleza, en los que figuraban los antonianos como parte afectada:

“Previamente al inicio de los trabajos, hubo que resolver el complicado asunto de las expropiaciones e indemnizaciones a los vecinos propietarios de las casas y terrenos afectados. A este respecto, el propio capitán Fratín (autor del proyecto) declaraba como testigo en un proceso que tuvo lugar unos años después:

“... dixo que sabe este testigo que, cuando él trazó la dicha Ciudadela y fuerza, fue menester ocupar y tomar, como se ocuparon y tomaron, muchas heredades, güertas con sus norias y algunas casillas, y también las iglesias de San Lázaro y San Antón, con sus casas y heredades... Y mandaron avisar y llamar a los dueños de cada casa, para que en su presencia, como medidores y estimadores expertos, se midiesen y se estimasen cada cosa justamente...”.

A la orden de San Antón se le indemnizó con 2.225 ducados. El día 11 de julio de 1571 se empezaron las obras. A los cinco baluartes de la ciudadela se les bautizó con los nombres de Real, Santiago, San Antón, Santa María y Victoria.

IGLESIA DE SAN ANTONIO EN VALENCIA

En Valencia hubo un monasterio antoniano que dependía del de Olite. El tema cae fuera del límite territorial que nos marcamos para este trabajo. Pero vamos a tratar de él, haciendo una excursión excepcional, por dos motivos: la Tau allí escondida tiene un entorno especial y el estudio sobre su peculiaridad ha sido hecho por un investigador navarro.

Fuimos a la ciudad del Turia en viaje familiar de turismo, a repetir paseos urbanos ya conocidos: a la puerta de la catedral donde se reúne el Tribunal de las Aguas, al trinquete de la calle Pelayo donde se juegan partidos de pelota valenciana, a la plaza del Carmen donde en el espacio más pequeño se planta la falla más grande, a la torre del Micalet que lleva en su nombre la simpatía del diminutivo Miguelico...

Pero teníamos en la agenda viajera algo nuevo que ver. Sabíamos que en la sillería de San Antón de Olite, existente en la parroquia de Valtierra, hay un asiento con el escudo de la ciudad de Valencia (rombo con cuatro barras y dos letras L abajo) y queríamos averiguar si en la iglesia valenciana de San Antonio queda alguna señal de su antigua dependencia monástica; en concreto, la Tau.

La iglesia se halla en la calle Serrano, antes Camino de Tránsitos. Es de estilo neoclásico. A primera vista, no desvela nada de lo que se busca. El centro del presbiterio es ocupado por una imagen de San Antonio Abad, grandota y repintada, con uno de sus distintivos: el campanillo, pendiente de la espiral del báculo y del collar del cerdo, bien cebado y sonrosado, que está a sus pies.

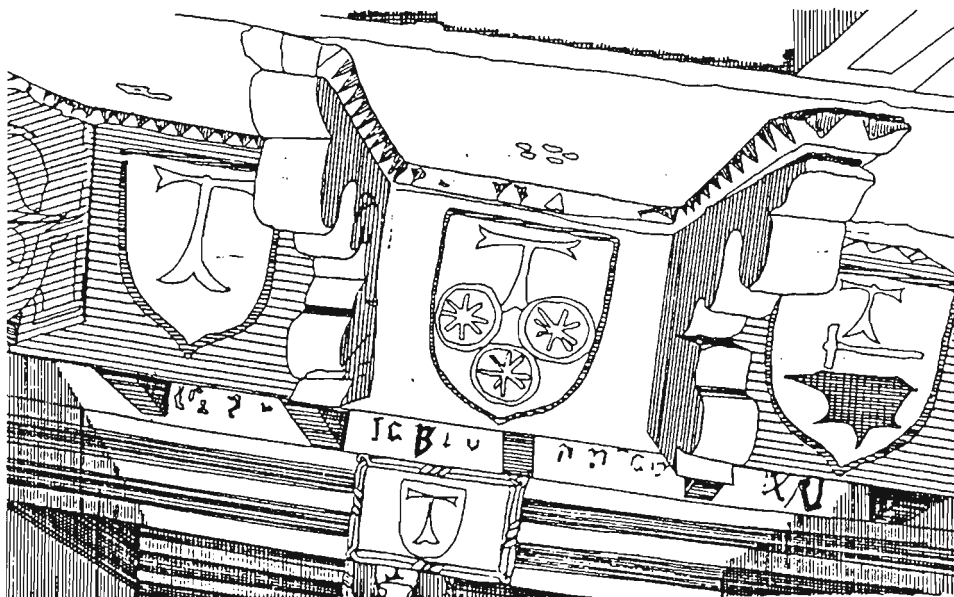


Fig. 4. Tau en Valencia. Antiguo Monasterio de San Antón.

La iglesia, con servicio de parroquia, está atendida por salesianos que tienen un gran colegio en el terreno que ocupó el antiguo convento y hospital antoniano. El párroco, don Manuel Bellver, al exponerle la finalidad de la visita, nos desvela algo que está oculto: sobre la bóveda visible se levanta otra, perteneciente al anterior templo románico, y en ella, pintadas entre modillones mudéjares, hay Taus. Se hallan en una especie de cámara secreta, de difícil acceso. Llegamos a verlas, ascendiendo por escaleras interiores y con ayuda de linternas.

Este tesoro escondido fue tema de una tesis doctoral, presentada en 1976 por Alfonso Eslava Castillo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia con el título "Resultados de una investigación directa de la iglesia de San Antonio Abad de Valencia". El estudio, inédito, trata de las características arquitectónicas del templo y especialmente de la cubierta, de la calidad de la ornamentación basada en un mudejarismo auténtico y de la colección de taus. Se reproduce aquí un dibujo del autor de la tesis (Fig. 4). La tau, en diseño peculiar, presenta el palo vertical abierto por debajo en cola de pez y el horizontal con las puntas estiradas hacia abajo.

La historia de los antonianos en Valencia se resume en los siguientes apuntes: en 1333 compraron unos terrenos, extramuros de la ciudad, junto al poblado de Oriols, donde construyeron iglesia, convento y hospital. En ellos desarrollaron su actividad caritativa durante las frecuentes pestes que asolaron la región a lo largo de los siglos XIV y XV.

El hospital antoniano dejó de funcionar hacia 1484, cuando se estableció en Valencia un hospital general. A partir de entonces, se dedican al culto en la iglesia, a la promoción de cofradías de San Antonio Abad y al cuidado de los muchos caminantes que transitaban por aquel lugar y que en el convento encontraban albergue, reposo y alimento.

Ante la puerta, construyeron los antonianos un pozo para satisfacer la sed de viandantes y cabalgaduras. A su alrededor, como en una moderna área



Fig. 5. Tau en Puente la Reina.

de servicio, plantaron árboles, higueras y olivos, que invitaban a detenerse y a echar pie a tierra. Era un cruce de caminos, a vista de la ciudad.

Extinguida la orden de San Antón, el convento de Valencia fue ocupado por otras comunidades religiosas: por los dominicos de 1804 a 1835; por las canonisas de San Agustín de 1873 a 1898; y por los salesianos desde 1898 hasta nuestros días, teniendo colegio y parroquia.

EN EL CAMINO DE SANTIAGO

La Tau ha sido una señal en el camino; señal de hospital antoniano, de descanso de los que andan, de curación de los que sufren, de fe en la salvación. Y sigue estando en el camino, como símbolo antiguo y moderno, reteniendo el sentido de espiritualidad que siempre tuvo.

Está en Puente la Reina, en el lugar donde todos los caminos a Santiago que vienen del norte se hacen uno solo. Está en la mano del peregrino, en la monumental estatua que se halla en la confluencia viaria, viendo pasar vehículos a gran velocidad y caminantes a paso de peregrinación.

La imagen del peregrino nació en la fragua de Gerardo Brun Lapuente, vulcano navarro que tiene su taller en Izurdiaga, junto al Araquil, con fuego encendido por sus abuelos y en yunque de martilleo centenario. Se colocó en el punto geográfico de referencia jacobea, el 29 de agosto de 1965, en plena celebración de año santo compostelano, como hito señalizador del Camino de Santiago en Navarra.

El peregrino del monumento lleva bordón rematado en tau. Este detalle merece una parada para contemplarlo y una pregunta para entenderlo. Le preguntamos al artista que lo forjó: ¿por qué le puso en la mano un báculo en forma de T? Gerardo Brun contesta con palabras de contenido simbólico: porque lo había visto en grabados antiguos de arte y porque le pareció un signo representativo del espíritu de la peregrinación (Fig. 5).

Visión de artista, que acerca lo lejano y recuerda lo olvidado. El báculo en tau figura en ilustraciones bíblicas, en cuadros de pintura religiosa, en imágenes de santos relacionados con el Camino. Aparece también en la iconografía mitológica de otras culturas, con interpretaciones misteriosamente sintonizadas y agudamente percibidas por sensibilidades artísticas.

De la tau puentesina pendía una concha, en 1965, cuando se inauguró el monumento. El peregrino llevaba una concha de chapa forjada, una cruz románica en el pecho y una borla de hierro rizado colgando del sombrero. Estos complementos desaparecieron. Volaron, dicho en sentido figurado. Pero se mantiene la tau, aferrada a la mano, como señal perdurable.

La tau está en el crucero del camino, situado en el campus universitario pampilonense; en el escudo de una casa de Ayegui que perteneció a un comendador antoniano; en imágenes de San Antonio Abad veneradas en iglesias; en albergues donde los peregrinos dejan las estampas de sus devociones; en Castrojeriz, en el rosetón gótico de las ruinas de San Antón y en el monasterio de las clarisas, donde se ofrecen a los caminantes taus de madera elaboradas por las monjas entre oraciones, para que se lleven como signo de protección; en el castillo de Poferrada, en Villafranca del Bierzo...

Y está la Tau al final del Camino. Apoya en ella su mano izquierda Santiago Apóstol, en la estatua sedente que se halla en el parteluz, ante el Pórtico de la Gloria, recibiendo a los peregrinos.

La tau es el báculo que portaron los obispos de la sede compostelana. Manuel C. Díaz y Díaz, catedrático de la Universidad de Santiago, en un estudio sobre la "Guía del Peregrino del Calixtino de Salamanca" presenta un grabado de 1324, en el que "aparece D. Berenguel arrodillado a los pies de Santiago -icono viviente del que preside el altar mayor de su basílica-, quien le hace entrega del báculo en tau, insignia de su ministerio".

Y añade: "Desde la época de D. Pedro Suárez de Deza (1173-1206), los prelados compostelanos compartían este atributo con su Patrón, en efigie, significando así el linaje apostólico de su Iglesia". De seguida, trayendo a colación un versículo de Isaías, compara la firmeza del báculo en tau con la endeblez del que se apoya en un báculo de caña.

La tau está, más que en imágenes y monumentos, en los peregrinos, reforzando la mente y el corazón, colgada al cuello con la cruz o la medalla, prendida en la ropa como insignia, llevada en la mano como bastón. La tau así hace también camino.

UN MUSEO: DIOCESANO Y DE NAVARRA

El Museo Diocesano, en un ángulo del refectorio, presenta unas pinturas sobre tabla con una placa explicativa que dice: “Retablo de San Cosme y San Damián. Larrángoz. Segundo tercio del siglo XVI”.

El centro del retablo está ocupado por las figuras de los santos médicos que tanta veneración suscitaron en el pueblo aquejado por continuas enfermedades, epidemias y pestes. A la derecha está San Miguel y a la izquierda, San Antonio Abad. Este santo, clasificado también entre los sanadores, muestra todos los distintivos que le identificaban: un cerdo a los pies, un cerdo negro con hocico jabalínero; un libro abierto en la mano derecha y un campanillo colgado de un dedo; el báculo en tau en la mano izquierda y la letra T pintada en azul sobre la capa negra. El signo tau, repetido en la misma imagen.

Larrángoz, de donde proceden las tablas expuestas, es un lugar del valle de Lónguida, guarecido en la arisca ladera de la sierra de Gongólaz. Sorprende el hecho de que en la iglesia de un pequeño pueblo, sin referencias históricas reseñables, hubiera dos retablos de gran valor artístico. Al cerrarse al culto, uno de ellos fue trasladado al Museo Diocesano de Pamplona y el otro, tras ser restaurado, a la parroquia de Santa María de Barañáin.

Sorprende también el detalle de que en los dos altares figurara el mismo santo, San Antonio Abad, en dos representaciones parecidas, no siendo el patrono del lugar, que lo era San Bartolomé. Detalle sorprendente, que alguna explicación tendrá. Explicación que acaso guarde el misterioso caballero cincelado en la portada gótica de la iglesia, sobre caballo enjaezado, vistiendo cota de malla y embrazando escudo con la cruz. ¿Fue como cruzado a Jerusalén y trajo de allí la devoción a San Antonio Abad? ¿Tuvo alguna relación con los monjes antonianos? ¿Hubo en Larrángoz algún pequeño hospital, al amparo de San Cosme y San Damián?

El Museo de Navarra presenta otra versión de la tau: en la famosa pintura mural gótica al fresco de Juan Oliver (1330) titulada “Pasión de Cristo”. La cruz es una T.

Esta representación tiene fundamento doctrinal e histórico. La forma gráfica de la T, anunciada en la biblia como signo de salvación, fue referida por los comentaristas de la sagrada escritura a la cruz de Cristo Salvador. El papa Inocencio III, en la apertura del concilio de Letrán IV, en 1215, expuso: “La forma de la tau dibuja una cruz, al menos tal como se presentaba antes de colocar sobre ella el letrero de Pilatos”; el que decía: “Jesús Nazareno Rey de los Judíos”. Este letrero, el INRI, en la obra de Juan Oliver está pintado en el muro, como en el aire, sin soporte material de madera.

Siguiendo este criterio, artistas de los siglos XIV, XV y XVI pintaron y tallaron cruces con figura de T. Veamos algunos ejemplos en Navarra:

Catedral de Pamplona, altar de Caparroso (1507), tabla central de la predela: la cruz que lleva Jesús a cuestras tiene esa configuración.

Santa María de Tafalla, talla de Cristo Resucitado, obra de Juan de Anchieta y de su discípulo Pedro González de San Pedro: la cruz gloriosa es la tau más bellamente tallada de nuestra colección.

La misma figura puede contemplarse en retablos de muchas iglesias de Navarra: Santa María de Allo, Bargota, Cáseda, Valtierra y Viana, San An-

drés de Cizur Mayor, San Miguel de Larraga, San Juan Bautista de Estella y Huarte Araquil, San Juan Evangelista de Ochagavía, Santo Cristo de Otadía en Alsasua, Santo Cristo del Castillo de Javier.

EN IGLESIAS Y PUEBLOS

El refranero relaciona las barbas con San Antón: “Si sale con barbas...”. La devoción popular conoce a los santos por los objetos que tienen en las manos o por los animales que les acompañan: una llave, San Pedro; una parrilla, San Lorenzo; un plato con ojos, Santa Lucía; un harpa, Santa Cecilia; un arado con bueyes, San Isidro; un perro, San Roque; un cerdo, San Antón...

San Antonio Abad tiene dos caracterizaciones: una, de protector de animales domésticos; otra, de portador de un signo religioso. La primera se hace fiesta y folclore. José María Iribarren explicaba de esta manera, en su libro “De Pascuas a Ramos”, el acompañamiento porcino de la imagen:

“Yo estaba, como muchos, en la creencia de que el cerdo representaba al demonio vencido por el Santo. Porque el demonio, que le tentó durante muchos años, presentándose ante él en muy diversas y espantables figuras de monstruos, trasgos, dragones y animales fabulosos, lanzó en cierta ocasión contra el anacoreta piaras de puercos que gruñían espantosamente.

Sin embargo, he podido averiguar, no hace mucho, que el animal que lleva San Antón no es un cerdo, sino una jabalina. En la historia del Santo se cuenta que una jabalina, viendo atacados de ceguera a todos sus hijos, corrió instintivamente con ellos a los pies de San Antonio, suplicándole, a su manera, que se compadeciese de ellos. Gracias al santo recobraron la vista los jabatos, y la madre, llena de gratitud, no quiso separarse de él”.

El mensaje de la imaginería de las iglesias, presentando al santo de luegas barbas con “un gracioso cerdito a sus pies, que unas veces es negro y otras rosado”, hizo que el pueblo le tomara confianza, le confiara el cuidado de sus pocilgas y cuadras, y celebrara su día, el 17 de enero, con devociones festivas.

“En los valles de Baztán, Larráun y Arce (escribió Iribarren en 1946) conceden fiesta a los animales. Se los suelta y se los envía al monte para que huelguen y coman a su antojo. En Arráyo y Elvetea los caballos, burros y machos dan tres vueltas en torno a la iglesia.

En el valle de Urraúl Alto colocaban una estola formando arco y sujeta a los muros de dos casas, o al atrio de la iglesia y a un árbol, y hacían pasar bajo ella todo el ganado lanar. En ese día se llevaba a la cuadra una estampa de San Antonio Abad.

En algunas localidades de la Ribera solía colocarse un cingulo suspendido sobre una calle, a manera de arco, por debajo del cual iban pasando cuantas bestias había en el pueblo. Y los dueños de las caballerías dan varias vueltas en torno a la cruz o a la columna con la imagen del Santo que plantan en alguna plaza o explanada.

En la mayoría de los pueblos navarros plantan en ese día la Cruz de San Antón, en derredor de la cual dan tres vueltas los animales”. Conviene aquí señalar y subrayar el detalle de “la Cruz de San Antón”, que es la Tau.

Estas costumbres populares se fueron perdiendo a medida que avanzaba la mecanización de las labores agrícolas, cuando las caballerías fueron susti-

tuidas por tractores y los corrales domésticos por granjas industriales. San Antón se quedó sin devotos y sin cofradías, recluso en la iglesia o en la ermita, rumiando con su inseparable compañero el recuerdo de la pasada popularidad.

Pero sigue mereciendo un respeto, una atención, un interés, por lo que ha representado en la religiosidad popular con la figura del gracioso cerdito, y en la profundidad del sentido cristiano de la vida con el signo que porta en el hábito y en el báculo: la tau. Con este punto de vista, se invita a contemplar en:

Cascante, en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Victoria, una pintura de San Antonio Abad, procedente del antiguo y desaparecido convento de los Mínimos. Está en un lateral de la capilla de la Inmaculada, la tercera del lado derecho. El cuadro, de pintor desconocido, parece hecho para ser colgado en la pared de una sala o un corredor conventual.

Es tipo retrato, con figura de medio cuerpo, fijando la atención en el triángulo formado por el rostro del santo, un libro abierto en las manos y la tau bien marcada sobre el hombro derecho del hábito. El patrono de la orden antoniana comparte culto y preces con otras imágenes muy veneradas durante siglos por los cascantinos: el fundador de los Mínimos San Francisco de Paula, la Virgen de la Victoria y el Santo Cristo de la Buena Muerte o de la Cama. La buena conservación del cuadro se debe al exquisito cuidado del sacerdote don José Vergara.

Barañáin, parroquia de Santa María. El retablo procede del pueblo de Larrángoz. Es de estilo renacentista, de mediados del siglo XVI. Estaba dedicado a San Bartolomé en el lugar de origen. El párroco de Barañáin, don Victoriano Aranguren, lo tiene como una joya de museo y como un objeto de culto sagrado.

Al retablo dedicó unos párrafos descriptivos y valorativos el “Catálogo Monumental de Navarra”, en el tomo IV, redactado por M^a Concepción García Gainza, Mercedes Orbe Sivatte y Asunción Domeño Mtz. de Morentin: “Las tablas, por el canon excesivamente alargado –manierista– de los personajes representados, sus estilizados cuerpos, y expresión y bellos rostros, son característicos del estilo propio de mediados del siglo XVI, próximo al pintor Juan de Sarasa”.

El párroco, don Victorino, suele utilizarlo para ilustrar la homilía de la fiesta de Todos los Santos. No están todos en el retablo, pero hay muchos; una buena selección del santoral, compuesta, salvo error u omisión, por treinta imágenes pintadas. Entre ellas, la que motiva nuestro interés: San Antón, en el segundo cuerpo de la derecha; San Antonio Abad, con la tau en el hábito y en el báculo.

EN ESCUDOS

La T fue usada desde antiguo como signo heráldico. Uno de los primeros escudos de que se tiene noticia perteneció al insigne teólogo francés, Jean Gerson, canciller de la universidad de París. Participó en el concilio de Constanza (1412-1418), que como el de Letrán IV trató de la reforma de la Iglesia.

Por entonces se puso de moda entre los padres conciliadores adoptar escudos de armas. Gerson, siguiendo la iniciativa, diseñó el suyo. En carta al

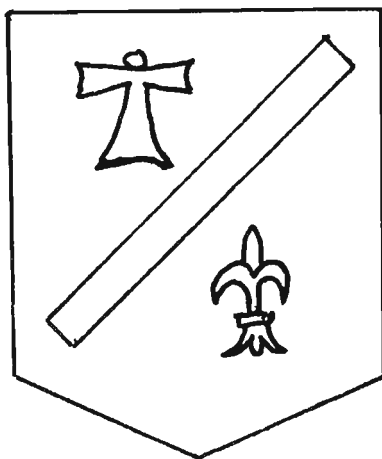


Fig. 6. Tau en el escudo de los Maeztu.

prior de los celestinos de Lyon lo describía así: “Me he dibujado un escudo, prenda y garantía de mi amor y de mi fe. He puesto en él un corazón alado e inflamado, marcado con una Tau de oro sobre campo de zafiro, donde brilla el sol, la luna y las estrellas”.

Hay escudos que llevan la tau porque sus titulares tuvieron relación con la orden de San Antón, siendo comendadores de la misma, y así se hacía constar en las ejecutorias.

Escudo de los Maeztu. Se conserva en casas de Marañón, Torralba del Río, Ancín y Ayegui. Está registrado en el libro *Linajes en Navarra con escudos de armas* de Aurelio Erdozáin Gaztelu con esta descripción: “En campo de azur, una banda de azul, engolada en cabezas de dragantes, de plata, lampasadas de lo mismo, acompañada en lo alto de una tau de oro, y en lo bajo de una flor de lis, del mismo metal”. En la fig. 6 se da un esquema del escudo. La tau se asemeja a la del monasterio de San Antón de Olite.

Escudo de los Ruiz de Murillo. Revisando documentos de apellidos familiares en su casa de Corella, Agustín Fernández Virto encontró y me facilitó copia del escudo de los Sesma. Se compone de cuatro cuarteles que corresponden a: Sesmas, Sierras, Escuderos y Ruices de Murillo. En el cuartel de estos últimos figuran tres T en triángulo invertido.

Escudo del Palacio de Aós. Tiene tres taus, puestas dos y una, sobre fajas horizontales que combinan oro y azur (Fig. 7). El escudo figura en el *Libro de Armería del Reino de Navarra* (hoja 26v), del que ha escrito Juan José Martinena: “Es el más antiguo y sin duda el de mayor interés histórico y heráldico. Parece seguro que fue rehecho en 1572... Consta de 98 folios con un total de 784 escudos de armas, medievales en su mayoría”.

Aós es un pueblo del valle de Lónguida. Tuvo palacio blasonado, aunque no han quedado de él ni ruinas en el terreno ni referencias en los libros de historia. He buscado en ellos sin éxito alguna base para afirmar que la T del escudo es la tau.

Casa Echeandía, una de las más viejas del pueblo, conserva en su fábrica restos de una antigua torre; pero sus moradores no tienen noticia de que haya sido palacio.

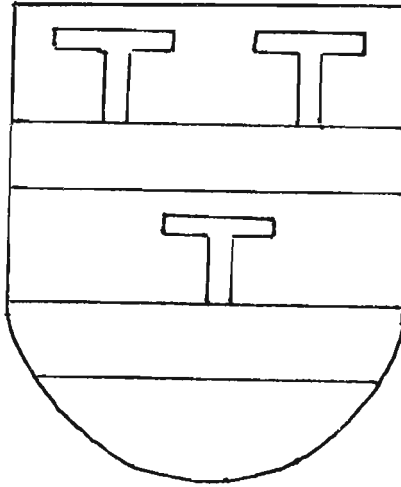


Fig. 7. Tau en el escudo del Palacio de Aós.

CONCLUSION

La T es una letra que nació con destino de símbolo, llevando un profundo y amplio significado; tan profundo que llega al misterio y tan amplio que comprende mentalidades varias. Se incluye en los alfabetos y lenguas. Traspasa los signos de escritura y se graba en piedra, buscando un soporte de perennidad. Siendo vehículo de una gran idea, ha circulado por las vías de la religión, la cultural, el arte, el pensamiento. Y ha dejado en muchas partes su señal.

Un círculo mágico, que encierra el triángulo de los pactos ideales, contiene una indicación viaria en francés que dice: "Route du Tau". En estas páginas hemos querido señalar algunos puntos de la Ruta de la Tau en Navarra, que se confunde con el Camino de Santiago.